

Guía para identificar los símbolos en el arte

Guía para identificar los símbolos en el arte

Coordinación general, infografías y textos: Lorenzo de la Plaza Escudero

Textos: Adoración Morales Gómez y José Ignacio Vaquero Ibarra

Dibujos: José María Martínez Murillo

Cuadernos Arte Cátedra

1.ª edición, marzo, 2026

Ilustración de cubierta: composición basada en un detalle del *Juicio Final*, obra de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina, siglo xv

Ilustración de cuarta de cubierta: *Alegoría de la Justicia*, dibujo de José María Martínez Murillo, basado en la escultura de Claude Franchomme, 1718, Lille, Museo Arqueológico

© Lorenzo de la Plaza Escudero, Adoración Morales Gómez, José María Martínez Murillo y José Ignacio Vaquero Ibarra, 2026

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Depósito legal: M. 333-2026

I.S.B.N.: 978-84-376-4986-3

Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción

«Todo arte es a la vez superficie y símbolo»
Oscar Wilde,
El retrato de Dorian Gray

La mayoría de las veces, sin ser conscientes, los símbolos son parte de nuestra vida cotidiana. Nadie puede estar al margen de ellos, aunque lo desee: a nivel social, se manifiestan en nuestro lenguaje, en señales de todo tipo, en las creencias que se profesan, en la literatura y el arte, en las marcas comerciales, etcétera. A nivel individual, están en nuestros sueños e inconsciente.

Existen múltiples definiciones del término «símbolo». La RAE indica que es un «Elemento u objeto material que, por convención o asociación, se considera representativo de una entidad, de una idea, de una cierta condición, etc.». Pero también engloba otros conceptos o está relacio-

nado con ellos; por ejemplo con «emblema», que es una figura visible utilizada para representar una idea o un ser: el laurel es emblema de la gloria; también está relacionado con el «atributo», que es un signo distintivo de un personaje, una colectividad o un ser moral: las llaves son el atributo de san Pedro; o con la «metáfora», que compara dos elementos con algún aspecto común: la perla se asocia con la blancura de los dientes.

Las definiciones filosóficas acotan el término, pero siempre surgen matices. Así, la del filósofo André Lalande es clara y sobria: «El símbolo es cualquier signo concreto que evoque, en una relación natural, algo ausente o que es imposible percibir». Sin embargo, a menudo se usa el término «símbolo» para realidades afines, como *imagen*, o se emplean expresiones como *símbolo algebraico* o *símbolo sexual*, que no son sím-

bolos en el sentido que utilizaremos en este libro. En la retórica clásica el símbolo era una figura literaria, un tropo, próximo a la metáfora, la metonimia y la alegoría. Nosotros intentaremos definirlo en un contexto más amplio que el de la retórica. Su etimología nos aporta una idea clarificadora: la palabra *sýmbolon* designaba en Grecia un objeto partido en dos, cada una de cuyas partes se quedaba una persona como prueba de hospitalidad o garantía de reconocimiento o identidad. Era una especie de recibo, diríamos, que se utilizaba en contratos personales y oficiales. Su sentido se comprende al unir las, pues cada una individualmente es insuficiente en sí misma, no significa nada, solamente remite a la otra.

El símbolo es un tipo peculiar de signo que tiene dos partes, como otros signos: una es lo que llamamos el «simbolizante» o «simbolizador»; la otra, lo «simbolizado». Sin embargo, a diferencia del signo lingüístico, se da entre ambas una relación motivada. Por ejemplo, la ba-

lanza simboliza la justicia, pues este instrumento se utilizaba como garante en los intercambios comerciales. Esto es lo que Erich Fromm llamó «símbolo universal».

La parte simbolizante se expresa en muchas ocasiones por medios acústicos, con palabras, generalmente sustantivos concretos: libro, paloma, árbol, etc. Por esto aparecen símbolos con frecuencia en la literatura que se confunden con los signos lingüísticos. Hay, por supuesto, también símbolos musicales, por ejemplo una canción, una melodía, un *leitmotiv*, el sonido de una campana, etc. Otra forma que tienen los símbolos de manifestarse es a través de las imágenes y los signos gráficos o visuales: un número, una figura geométrica, como los mandalas o los yantras de la India. En todos estos casos su naturaleza es concreta.

Lo simbolizado intenta expresar su significado. Este significado del símbolo no es cerrado, delimitado, denotativo, como el significado primordial del signo lingüístico. El significado de

los símbolos es muy abierto, complejo, va más allá de la realidad física que representa el término simbolizador, es trascendental, alude a una realidad invisible que se sitúa en la dimensión de lo espiritual. Por ello las religiones son tan propensas a utilizar los símbolos. El significado del símbolo no es simplemente una idea abstracta, como el de los sustantivos abstractos de nuestras lenguas, sino que es difícil de delimitar, y en ocasiones sintetiza distintas ideas, ambivalentes a veces (por ejemplo, la flauta evoca el falo y, por ello, lo masculino, por su forma; sin embargo, por el timbre de su sonido se asocia a lo femenino). En ocasiones, estos significados abstractos son contradictorios o polares, como, por ejemplo, en el símbolo del fuego, que puede ser creador y destructor. Estas ideas que constituyen el significado del símbolo se forman por procesos mentales no estrictamente lógicos, sino muy ligados a lo imaginativo: afinidad, analogía, causalidad, correspondencia, evocación, gradualidad, inversión, oposición, semejanza, seriación, etc. Estas re-

laciones conectan dos ámbitos o esferas: la del hombre y el universo, lo manifiesto y lo invisible, lo natural y lo sobrenatural, etc., y conforman múltiples sistemas simbólicos, como la astrología, el tarot, la cábala, la alquimia, la numerología, etc.

Con algunos ejemplos se comprenderá mejor lo que son los símbolos. Una vaca paciendo en un campo en un cuadro de Jordaens o Van Gogh no es un símbolo en el sentido que nosotros hemos indicado, porque no va más allá del ser real al que representa. Otro ejemplo: la palabra «rueda» tiene en el *DRAE* once acepciones, sus significados denotativos, que van desde la de «pieza mecánica en forma de disco que gira alrededor de un eje», o la de «círculo o corro de personas o cosas», hasta la voz de germanía que significa «escudo pequeño de madera o corcho». Pero su significado simbólico nos evoca la fortuna, el ciclo de la vida, la perfección del círculo, el movimiento, su relación con el punto, el cuadrado, etc. Lo mismo ocurre con la ima-

gen: una rueda en un cuadro de santa Catalina de Alejandría alude a su tormento; en la India significa la vida que gira eternamente; en la película *Tiempos modernos* de Chaplin, la rueda de la máquina es el engranaje diabólico que atrapa y somete nuestras vidas a la producción mecánica sin fin.

Nuestro mundo, nuestro universo, son simbólicos. El filósofo Cassirer definió al ser humano como «animal simbólico». Su uso es una constante humana universal: algunos, como el Sol o la Luna, aparecen en todas las culturas, son «símbolos arquetípicos», siguiendo a Jung. Y se han documentado desde el Paleolítico Superior, pero seguramente se usaron antes, pues son la forma primera del pensamiento humano, provocado por la reflexión sobre la naturaleza inmediata. El significado de los símbolos, sin embargo, no es rígido, sino que puede presentar variaciones históricas y locales. Esta metamorfosis se debe a su función comunicativa, puesto que son instrumentos colectivos, culturales, y ge-

neran un intenso vínculo entre los individuos ya que, al ser utilizados en rituales de todo tipo, el iniciado los interioriza como un elemento fundamental que lo integra en el grupo. La simbología sería así una parcela del estudio de la mentalidad de las sociedades, ya que estas expresan sus valores a través de ellos. De ahí que sea necesario estudiarlos con una perspectiva histórica y cultural.

Algunos símbolos llegan hasta nuestros días, siguen vivos de varias maneras: a través del inconsciente colectivo pueden manifestarse en nuestros sueños o en las supersticiones o creencias populares; otras veces se conservan en la literatura, en los mitos, leyendas, rituales religiosos y de todo tipo de nuestras sociedades; y aparecen en el arte de todas las civilizaciones, pues su representación tiene una función estética.

En otras épocas los símbolos han sido identificados y comprendidos espontáneamente, en la medida en que la trayectoria cultural del individuo lo permitía, por supuesto. En la cultura consu-

mista y de la sobreinformación de hoy en día, paradójicamente, los significados de los símbolos o bien se han perdido —hoy un laberinto no es más que un entretenimiento—, o se han secularizado —como el símbolo de la paloma— o se han banalizado, quedando reducidos en muchos casos a la mera imagen que identifica a una marca comercial: una rueda ya no es más que el neumático de un automóvil. El significado de los símbolos ya no es evidente para nosotros, ya no siempre se reconocen cuando aparecen en las obras de arte. Cuando se observa un bodegón, por ejemplo, de los maestros holandeses y flamencos del siglo XVII, no se identifica que los instrumentos musicales representan el cortejo amoroso, o que el pan es un símbolo cristiano. Si no se identifican los símbolos, la contemplación del arte se reduce a la mera experiencia estética, en palabras del historiador del arte Kenneth Clark.

Este libro es una invitación a aprender a reconocer los símbolos en las obras de arte y a recordar su significado, en el sentido platóni-

co del conocimiento, que no se debería haber perdido. Ningún libro de símbolos agota las referencias de cada uno de ellos, y por eso este quiere ser también una invitación a pensar simbólicamente, que es el modo de reflexión primordial de los artistas. Con ello, cada lector añadirá por sí mismo nuevos significados, hallará referencias que los autores de esta obra no han podido incluir por falta de espacio o de comprensión y aumentará, así, su introspección psicológica.

ESTRUCTURA DE LA OBRA

Los símbolos aparecen ordenados alfabéticamente. Somos conscientes de otras múltiples maneras de ordenarlos, por ejemplo, por categorías: animales, naturales, objetos, etc. Si hemos elegido el modo básico de un diccionario es con el fin de facilitar la consulta del lector.

La obra no realiza una discusión crítica de los símbolos, simplemente los expone con dife-

rentes tipos de informaciones. Así, en cada símbolo se establece un discurso estructurado en los siguientes apartados: un primer párrafo que intenta acotar el conjunto de posibles significados, una especie de resumen; a continuación se desgranán las razones o causas por las que se ha asociado al símbolo con un significado o idea —la dulzura con las abejas, por ejemplo, por su miel dulce—; y en último lugar se recoge una información sobre su utilización en el arte,

con diferentes ejemplos y observaciones. Todo ello salpicado con ejemplos gráficos, dibujos o imágenes de obras, que sirven para ilustrar algunos de los detalles que aparecen en las explicaciones; también figura una tabla resumen de los diferentes significados de cada símbolo.

Tras el diccionario propiamente dicho, aparece un «diccionario inverso», donde se recogen los términos relacionados con los símbolos que los representan.

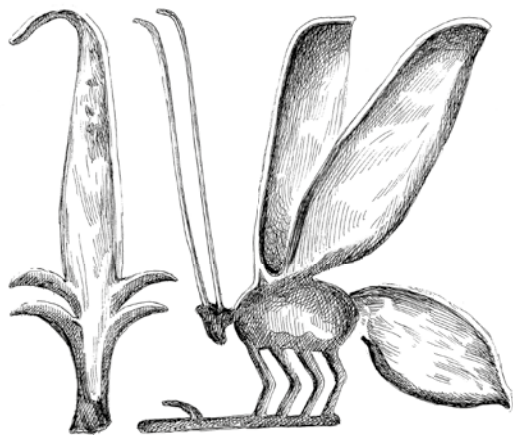
Guía para identificar los símbolos en el arte

Abeja

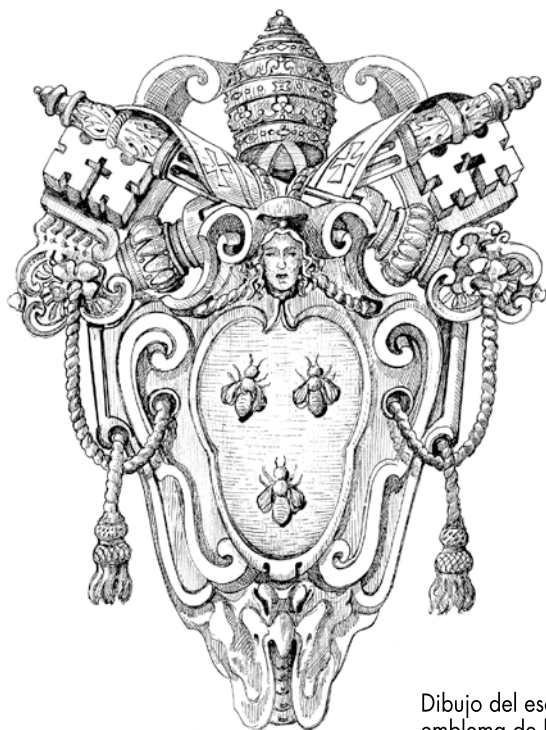
Representa la diligencia, la laboriosidad, la obediencia, la dulzura y la virginidad. Se vincula igualmente al poder, la monarquía e, incluso, la divinidad. Otras veces, al alma o la resurrección.

El trabajo constante de este insecto y sus ágiles idas y venidas le han hecho acreedor a representar la diligencia. El producto que genera, la miel, se asocia con la dulzura. Se relaciona también con la resurrección al producir vida de la muerte, como sucede en el episodio de Sansón y el león (Jue 14, 8), y asimismo con el renacimiento, ya que permanece oculta en la colmena durante el invierno y «vuelve a la vida» en la primavera. Desde los griegos se identifica con el alma y su abandono del cuerpo, aspecto recurrente también en tribus de Asia y América del Sur.

El orden y su actividad subordinados a una autoridad superior, la reina, propiciaron su vinculación con el poder, con la monarquía absoluta. En Mesopotamia y Egipto se consideraba que este insecto había nacido de las lágrimas del



Representación de un jeroglífico donde aparecen el junco y la abeja. La abeja representaba al Bajo Egipto, y el junco, al Alto Egipto.



dios Ra y se asociaba a la deidad solar por sus seis patas radiales, que simbolizaban los rayos solares. En Egipto, el signo de la abeja representaba una parte del territorio, el Bajo Egipto, y se incluía en los jeroglíficos como título real: *nesubity*, «la abeja y el junco», pues el trono tenía la virtud de unir el Alto y el Bajo Egiptos, este último encarnado por la abeja. Esta identificación con el poder se mantendrá en el tiempo, como prueban el escudo de la familia Barberini (papa Urbano VIII) o países como Francia, desde los merovingios hasta Napoleón, en cuyo manto de coronación se incluían abejas doradas.

En el Antiguo Testamento se relaciona con la guerra por su furioso ataque (Dt 1, 44). También se asocia con la victoria, ya que Débora, triunfal jueza de Israel, significa «abeja».

En el mundo cristiano se vincula con diversas realidades y características; por ejemplo, su labo-

Dibujo del escudo de Urbano VIII donde se aprecian las abejas, emblema de la familia Barberini. Basílica de San Pedro, Vaticano.

riosidad se asoció fácilmente con la vida monástica, como símbolo del trabajo duro, la obediencia y la castidad, en este último caso debido a que la abeja reina es la única con funciones sexuales y a la errónea creencia de que estos insectos se reproducen por partenogénesis. Muchos monasterios tenían colmenas para producir miel y grandes santos conocidos por su elocuencia meliflua se han vinculado con las abejas, los enjambres o las colmenas, como sucede con san Ambrosio, san Bernardo de Claraval o san Juan Crisóstomo, sin olvidar a santa Rita de Casia, que, siendo un bebé, vio su cuna rodeada por abejas.

En el arte aparece ya en la pintura rupestre de Bicorp, Valencia. En el Creciente Fértil, las estatuas de la diosa Ártemis se muestran rodeadas de abejas, y los colgantes de Rodas y Creta también las representan. Existen igualmente manifestaciones artísticas en la civilización maya, en donde este insecto aparece, por ejemplo, en los códices que representan a Munken Kay, dios de los apicultores. En el Renacimiento es posible



Dibujo basado en un fresco de san Ambrosio.
Kirchbach, iglesia de Waidegg.



apreciar varias obras en las que figuran, desde Tiziano (*Amor sacro y amor profano*) hasta Lucas Cranach (*Cupido y Venus*), para simbolizar el amor en dos vertientes: su dulzura, por la miel, y el dolor, por su picadura. Al ser el atributo de muchos santos, figuran junto a ellos en forma de colmena o como abejas sueltas.

Qué representa

- | | |
|-------------------------------------|----------------|
| ◆ Alma | ◆ Elocuencia |
| ◆ Amor (ambivalencia del...) | ◆ Guerra |
| ◆ Castidad | ◆ Obediencia |
| ◆ Cristo | ◆ Poder |
| ◆ Diligencia, laboriosidad, trabajo | ◆ Resurrección |
| ◆ Dulzura | ◆ Victoria |
| | ◆ Virginidad |

Venus y Cupido ladrón de miel, Lucas Cranach el Viejo, c. 1526-1527, Londres, National Gallery. Cupido robó miel y las abejas le atacaron; tras quejarse a Venus, esta le replicó que sus flechas del amor eran más dolorosas que los picotazos de las abejas.

Agua

Es uno de los elementos primordiales de la naturaleza, presente en las cosmogonías de muchas culturas, con múltiples simbologías entre las cuales se encuentran la fecundidad, la purificación, lo masculino y femenino a la vez, la vida y la muerte o la eternidad.

Para los griegos clásicos es, junto con el fuego, la tierra y el aire, uno de los cuatro elementos esenciales de la naturaleza. Representa el estado líquido y es el componente fundamental que mantiene la vida. Circula a través de toda la naturaleza en forma de lluvia, savia o sangre, lo que explica que, por ejemplo entre los aztecas, la sangre humana fuera llamada «agua preciosa» o que en el cristianismo existiera una estrecha relación entre el agua y la sangre, pues no en vano la herida del costado de Jesús en la cruz hizo brotar ambas (Jn 19, 34).

El espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas (Gén 1, 2), mosaico de la catedral de Monreale, siglo XII. El agua está en el origen, antes de la creación. Se puede observar en el mosaico la «faz» del agua, como indica la Biblia.





Asimismo, el agua aparece en numerosos mitos cosmogónicos relacionados con el origen del mundo. En China, Irán, la India y Mesopotamia, por su forma indefinida, se asocia al caos primigenio del que surgirá el cosmos. Otras veces se imaginó, por un lado, que el agua rodeaba el mundo en la creación, es decir, que todo era agua, y que en su superficie se incubó el huevo original, o, por otro, que sobre las aguas se cernía el espíritu de Dios antes de comenzar la creación, tal como se dice en la Biblia (Gén 1, 2).

Muchas divinidades y seres fantásticos se relacionan con el agua. En el mundo grecolatino tenemos varios ejemplos, como Posidón o Neptuno y su esposa Anfítrite u Océano y sus hijas. En el mundo cristiano, Jesucristo es continuamente

Detalle del *Bautismo de Cristo*, Tintoretto, 1585, Madrid, Museo del Prado. El agua del bautismo supone un símbolo de renacimiento de la persona, limpia de pecado.

comparado con el agua que da vida. Caminar sobre las aguas, como hacen los Boréadas de la mitología clásica o Jesucristo en el Nuevo Testamento (Mt 14, 25), es uno de los signos por los que se reconoce al héroe o a la divinidad, y Dios, Cristo y el Espíritu Santo se han identificado con la fuente en el cristianismo.

Otro aspecto destacable es que el curso de la existencia humana se ha asimilado al correr de las aguas del arroyo y el río. Igualmente, simboliza la claridad, por su transparencia, y, a su vez, la máxima oscuridad en el océano profundo. A la transparencia del agua de las fuentes y arroyos se opone la profundidad del mar y el océano, donde habitan amenazantes seres monstruosos. En la Biblia, las aguas agitadas significan el mal, el desorden, y a los malvados se los compara con el mar agitado (Is 57, 20).

El agua podía además cumplir deseos mágicos o procurar acontecimientos milagrosos. Las aguas podían eliminar encantamientos, rejuvenecer, y, en general, tenían un efecto de rege-

neración. En este contexto se entiende que se haya utilizado en rituales iniciáticos, y que existan liturgias de purificación con agua en las religiones de todo el mundo en las que, mediante abluciones y aspersiones, se limpia el alma y se produce una catarsis. En los rituales de paso de los misterios paganos se utilizaba también el agua, y en el mundo islámico son preceptivas minuciosas abluciones previas a la oración. Las aguas utilizadas en las abluciones rituales no son solamente purificadoras, sino que se las considera sagradas y permiten al ser humano establecer un contacto directo con lo divino. Es el caso del agua bendita, usada en el cristianismo incluso en exorcismos. En todas estas circunstancias, se pretende que el agua limpie las culpas y genere un renacimiento, un eco de lo cual se refleja en los relatos mitológicos de los héroes. Un ejemplo reseñable es el de Pilatos, que se lavó las manos con agua para eliminar su culpa de la sangre de un inocente Jesús (Mt 27, 24).